

Claves antropológicas de unos consejos. El Beato Josemaría y el amor matrimonial

Marta Brancatisano Manzi

Escritora italiana y miembro del Comité Científico del Congreso. Es Directora del Curso de Cultura Cristiana de la Familia y la Educación de la Universidad de la Santa Cruz.

Cada santo tiene una manera particular de ser santo. La característica que define la personalidad del Beato Josemaría es su peculiar relación con la llamada divina y su conciencia de ser instrumento elegido por Dios para cumplir un designio suyo entre los hombres. Hasta tal punto que todas sus dotes y cualidades personales se orientan y crecen en relación con su respuesta a la vocación divina. Cuando todavía era un muchacho —un muchacho normal, en el que no aparecían señales de nada extraordinario—, criado en una familia en la que se palpaba el amor, percibe que Dios tiene un proyecto para cada una de sus criaturas; y comprende que su camino consiste en buscar el que Dios ha preparado para él. Desde ese momento, cualquier decisión, pequeña o grande, se integra en esta búsqueda: viene a ser una respuesta a lo que Dios quiere para él. Así decide hacerse sacerdote; se orienta a una carrera sacerdotal más pastoral que académica; gasta sus energías en la ayuda a los necesitados, sin preocuparse de sus propias carencias económicas. Y así, llega al 2 de octubre de 1928, día en que ve por fin lo que Dios quiere de él. A partir de entonces no cambia su postura espiritual: lo que cambia es que ahora el objetivo es claro, clarísimo, aunque totalmente nuevo, original.

Todas sus dotes personales se van modelando en la respuesta a su vocación a hacer el Opus Dei; se desarrollan en cuanto sirven a este fin y en el momento en que ese fin lo requiere. Su pasión por la arquitectura se pone en juego cuando ha de pensar en la construcción de las sedes materiales de los centros del Opus Dei. Su sensibilidad y su preparación jurídica serán preciosas para el cumplimiento de su tarea fundacional: para discernir en la luz recibida de Dios los elementos de la llamada a la santidad, que comporta el derecho y el deber de hacer apostolado y

de acceder abundantemente a los medios de salvación; serán de gran valor también para ejercitar una *prudentia iuris* al servicio del carisma recibido de Dios¹; igualmente esta cualidad será configurada y ejercida en el gobierno del Opus Dei y en la elaboración de su derecho peculiar, viva trasposición en normas de un camino eclesial.

Desde el primer momento Josemaría Escrivá pone por escrito pensamientos y reflexiones que llegarán a formar un imponente cuerpo editorial (sin duda es uno de los autores espirituales del siglo XX más leídos por personas de las más diversas condiciones y procedencias); pero no se preocupa de otra cosa que de expresar fielmente sus experiencias interiores, con el único objetivo de abrir camino a los que vendrán después.

Difunde su saber teológico —tan adecuado a las exigencias de su época que confluye en el magisterio del Concilio del siglo, el Vaticano II— más en conversaciones y encuentros informales con la gente que en volúmenes eruditos. Como un juglar de Dios, no le preocupa realizar cualquier tipo de locura con tal de transmitir el mensaje que se identifica con su vida misma..

Su misión en la Iglesia se cumple con el anuncio de un querer divino: la santidad para todos *nel bel mezzo della strada*, —como le gustaba decir en italiano castizo— y con la fundación de una empresa sobrenatural finalizada a la difusión de ese mensaje. Para lograrlo, pone en juego todos los recursos expresivos y comunicativos. Lo que le importa es hacer comprensible y operativo ese mensaje a quien quiera acogerlo. Toda su doctrina, entendida como explicitación del mensaje vocacional y su directa consecuencia, está marcada por la “necesidad” de anunciar; no es consecuencia de una exigencia de sistematicidad sino de comunicación. En esto su ministerio se asemeja mucho, en su planteamiento y en su estrategia, al del apóstol Pablo. Usa todos los medios: cartas, visitas, viajes, e incluso el cine, gracias al cual conservamos su imagen viva. A quienes vienen después les corresponde entrar a fondo en su mensaje, profundizando en sus raíces escriturísticas, en su trascendencia eclesial y en los planteamientos intelectuales que subyacen en todas sus enseñanzas. Para el tema que vamos a tratar ahora, nos interesa sobre todo captar su visión del hombre y de la mujer, es decir, su antropología.

El Congreso sobre *La grandeza de la vida corriente*, que ha tenido lugar en Roma con ocasión del centenario de su nacimiento, ha sido en este sentido una prueba y una confirmación. En efecto, hemos podido recoger y transmitir una gran cantidad de experiencias presentadas por gente de toda condición social y cultu-

¹ A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona 1989.

ral que no se reducen a una doctrina concluida y ya cerrada. La santidad para la gente que vive en el mundo, trabajando y amando, no tiene una forma fija y mucho menos una fórmula. Se apoya sobre la aportación viva de la responsabilidad personal de quien se propone alcanzarla —ya se trate de un ministro, de un profesor, como de un artista o de un obrero—, apoyada por una parte en una sólida y exigente formación doctrinal, capaz de alimentar la inteligencia; y por otra en un trato continuo con Cristo en la oración y en los sacramentos, capaz de colmar la sed del corazón.

Así, sobre el tema del matrimonio, lo que nos ha dejado Josemaría Escrivá son un conjunto de afirmaciones y consejos; expresados en alguna ocasión por escrito, pero la mayor parte de las veces transmitidos oralmente en conversaciones con novios, esposos y padres. Frases e ideas sencillas pero de una profundidad y novedad que impulsan y estimulan a una reflexión en la que se tiene la impresión de que no se llega a agotar nunca su contenido. Se trata de ideas repetidas en su predicación — con un matiz u otro— decenas de veces. Aquí las sintetizamos con palabras que entendemos que reflejan fielmente su pensamiento.

1. EL CAMINO PARA IR AL CIELO, PARA TI, TIENE EL NOMBRE DE TU MARIDO

Palabras de tono aparentemente romántico, que abren sin embargo la puerta a una consideración del matrimonio como camino de santidad. Con esta afirmación, el Beato Josemaría supera la visión del matrimonio como un expediente para el cristiano que no se siente capaz de hacer otra cosa mejor; superando también la idea de que los deberes conyugales son marginales respecto a los deberes para con Dios. Inicia con estas palabras la superposición total y sistemática de la relación con Dios y con el cónyuge, en el sentido de que no se puede sostener la hipótesis de una vida espiritual plena de quien está casado, *a latere* de la vida conyugal; se afirma, en cambio, que Dios no es, en cierto sentido, diverso del cónyuge, es decir, alguien que espera fuera de la casa y del lecho matrimonial. Afirmaciones fuertes, que hoy sentimos en perfecta coherencia con la nueva teología del matrimonio elaborada por Juan Pablo II, como fruto de su estudio personal y de la profundización en la doctrina del Concilio Vaticano II. Veamos, entre los muchos textos que podrían citarse, uno tomado de la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*: «Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia *por amor*, lo ha llamado al mismo tiempo *al amor*. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capaci-

dad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano»².

De este planteamiento se deriva una nueva luz sobre el matrimonio, sobre el amor humano y sobre la transmisión de la vida. Una luz que no pone en evidencia nuevas normas, sino un espíritu nuevo en el que vivir y comprender el valor creacional de la vida matrimonial, en cuanto que no se la ve simplemente como una cosa buena y útil para la sociedad humana, sino como elemento fundante del designio de Dios sobre el ser humano y sobre toda la creación. La narración del Génesis nos dice con toda claridad que el hombre ha sido creado varón y mujer para que pudiera llegar a vivir, en su condición de creatura, aquel amor que es imagen y semejanza de la Trinidad³. Una luz que despierta la responsabilidad personal de los esposos al hacerles comprender su *posición estratégica* en el mundo y en la Iglesia, y que ilumina modos concretos de realizarla en las situaciones contingentes y particulares de cada uno. Los esposos se ven así no como destinados a ser parte de una muchedumbre anónima, sino actores, con un papel fundamental e insustituible en el plan de la Providencia; comprenden que son una primera célula de amor y de vida, que manifiesta el rostro del Creador.

La vida matrimonial, con su cotidianidad, con sus alegrías y sus dramas, no corre ya el riesgo de caer en la banalidad rutinaria o de sucumbir ante la adversidad. Es un recorrido creativo, inseparable desde el punto de vista existencial, de la propia realización. Es el camino a través del cual cada uno es llamado a ser él mismo y a dar la vida a otros; porque el amor es plenitud de ser y comunica la vida en sentido ontológico incluso más que biológico.

Ser pareja es el *status* creacional del hombre, creado sexuado por estar destinado al amor como término de la semejanza con Dios. El matrimonio no es una eventualidad, sino la vía ordinaria para realizar la propia humanidad. Una tal visión del matrimonio, como una relación humana primaria y fundamental, camino para alcanzar la unión con Dios, arroja una luz nueva también sobre la virginidad, señalada por Cristo como una condición privilegiada. Lejos de cualquier tentación espiritualista (siempre al acecho a lo largo de la historia de la Iglesia), el matrimonio que Escrivá desvela a los hombres y las mujeres de su tiempo, es una unión tan santa y tan hermosa que sólo se puede renunciar a él por un bien todavía más alto. Ese bien superior es la unión directa con Dios que no experimenta la mediación de un amor humano. Matrimonio y virginidad se iluminan así recíprocamente: el amor humano lejos de estar contrapuesto al “sagrado” amor de Dios, es el acceso, el camino que normalmente conduce a Él.

² JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Familiaris Consortio*, 11.

³ Cfr. Gn 1, 26-27.

2. VOSOTRAS LAS MUJERES SOIS PSICÓLOGAS.

LA CULPA ES VUESTRA CUANDO LAS COSAS NO VAN BIEN

Detrás de esta afirmación, aparentemente dura e intencionalmente paradójica, se cela la proclamación de una posición especial de la mujer en la pareja; un papel o quizá un privilegio que le da una prioridad en la dinámica de la relación. Una afirmación que será explicitada de forma antropológicamente científica por Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem*, de 1988.

Al atribuir a la mujer una capacidad psicológica especial, el Beato Josemaría reconoce en ella el don femenino de la comprensión —en el sentido latino de contener, de tener como propio— del ser humano, en un modo que es connatural a su sexo. No se trata de un conocimiento adquirido con el estudio, un fruto intelectual —el Beato Josemaría se refería a todas las mujeres, sea cual fuera su cultura, incluso analfabetas— sino de una característica ontológica recibida del Creador y ligada a su modo sexuado de ser: mujer es aquella que tiene dentro de sí al otro (hombre e hijo) y que lo siente/conoce con todo su ser. Es quien tiene intimidad con el otro porque está hecha para tenerlo en su seno. Es quien “trabaja” para la vida de modo directo y natural.

De esta estructura ontológica suya deriva la *sabiduría del otro* que tiene la mujer, que la hace dueña de una relación —la del amor conyugal y la del amor materno— que es, desde muchos puntos de vista, difícil y misteriosa. Donde el hombre (racional, conocedor del mundo/cosmos exterior, conquistador y guerrero), se pierde en los meandros del ser humano, ella se mueve con desenvoltura, con destreza, como iluminada por una experiencia interior y genética, que sólo decae frente a una renuncia deliberada a la propia diferencia sexual (tendencia manifestada en el llamado feminismo homologante). La mujer tiene en sus manos la guía de la relación con el hombre, relación de la que proceden todas las demás relaciones humanas; relación paritaria y complementaria. Su posición de primado no tiene que ver con el mérito, sino que atañe, en cierto modo, a la distinción sexual, que le otorga un dominio/conocimiento del otro, que el varón, por su estructura antropológica, no tiene. Ella es quien conoce al otro, lo acoge en sí, y tiene por eso la capacidad de “conducir” la relación y de recomponerla cuando sea necesario. En este planteamiento, ni siquiera se roza la falsa problemática de la superioridad entre los dos sexos; por el contrario, se pone de manifiesto que *la propiedad complementaria* es la que guía la relación de la pareja. La mujer —como por lo demás el hombre— no se basta a sí misma y tiene necesidad del hombre para *ser como mujer*; pero su posición le confiere el poder —y la responsabilidad— de conducir la relación y de mantenerla viva; lo cual le da una marcada propensión —como es de experiencia común— a ser agente de comprensión, de perdón, de paz. Si la mujer no rechaza esta respon-

sabilidad estructural, conseguirá que el varón despliegue todas sus capacidades masculinas, desarrollando el papel de complementariedad que está en la base de su relación, y de su supervivencia como seres humanos. La sabiduría popular, entre serio y broma, ha dicho siempre que el mundo está gobernado por las mujeres, pero el carácter de este poder (que se parece mucho al servicio o a aquella *noblesse* que obliga, y obliga mucho) no se parece a aquel poder vistoso y arrogante que hoy se tiende a proponer en nuestro panorama cultural. La mujer de la época actual, preocupada sólo de la conquista del mundo exterior imita las características masculinas (no sólo estructurales sino también históricas: el suyo es un feminismo especular del machismo, entendido como poder que aplasta) y evade aquel poder, típicamente femenino, que es capaz de dar la vida pero que ni persigue ni asegura fama y éxito.

Estamos hablando de la estructura antropológica, y por tanto, de algo que hay que “hacer madurar”, que no se puede dar por descontado. De hecho, la mujer de hoy ha suprimido, con una negación psicológica más que exterior, sus inclinaciones femeninas espontáneas, para ponerse frente al hombre de un modo típicamente masculino: con agresividad, con ganas de prevalecer sobre él en campos que representan el ámbito natural de la actividad del varón, con una actitud cerrada. Su “no” a la maternidad, se resuelve, en la dinámica relacional de la pareja, en un “no” al hombre. El *empowerment* de la mujer —impuesto más que madurado— ha minado las bases de la relación de la pareja, con resultados evidentes y clamorosos.

En esta situación, las palabras de Escrivá suenan como un auténtico desafío para las mujeres, de modo que, a través de ese cumplido (sois psicólogas), se sientan deseosas de buscar —y ya es hora— el sentido de la feminidad, conscientes de que toda investigación en este sector tiene un valor universal.

3. ¿QUIERES A TU MARIDO? ¿LO QUIERES TAMBIÉN CON SUS DEFECTOS?

Una provocación afectuosa e irónica, se podría decir. Es, en cambio, una declaración de notable hondura antropológica, que ilumina la importancia de la relación entre hombre y mujer en la economía de la salvación. Con estas palabras, el Beato Josemaría declara la totalidad del compromiso personal en la relación de amor, y pone de relieve la dimensión existencial profunda que une a los seres humanos entre sí: la ayuda recíproca. En una época como la nuestra, que hace del sentimiento el único ingrediente del amor, el poner juntos placer y fastidio resulta herético. ¿Cómo se puede pensar en unir la idea de amor, que es sólo fuente de placer, con algo áspero y desagradable como es la dificultad y el dolor? El amor es tal mientras es bello; cuando se hace incómodo y problemático, se da por

muerto y se pasa a otra cosa. Típico residuo de la mentalidad consumística, que más o menos conscientemente, encontramos en todos los ámbitos de nuestra cultura y ha penetrado en la relación de amor a través de un sencillo silogismo: si es verdad que una cosa es buena mientras me da placer y después se tira a la basura, también es verdad que cuando el amor se hace “difícil”, quiere decir que ya no es amor; y entonces se cambia. Pero el ser humano —por lo menos en el plano de la creación y de la redención— es la única cosa que no se puede tirar, sopena del desastre ecológico de todo el universo. El ser humano —sea quien sea— tiene el derecho de ser amado porque el Creador lo ama como a un hijo único y lo ha confiado a sus semejantes con la misma intención⁴. La persona que se elige para toda la vida —el cónyuge— tiene el derecho de ser amado, sea como sea, o mejor, cambie lo que cambie. Toda la creación depende de este *modo* estructural. El hombre y la mujer —a través de su amor— *se dan la vida*, se ayudan a vivir. Un matrimonio que convive bien, es decir, amándose, es una fuente de energía “nuclear”, que se irradia fuera de las paredes familiares; es un punto fuerte de la sociedad, que no consume recursos, sino que los produce (creatividad profesional, capacidad de voluntariado/*care*, buen estado de salud por ausencia de enfermedades psicosomáticas debidas a traumas afectivos, capacidad de apertura a los otros, alegría y diversión). Todo parte de la conciencia de esta dimensión de *ayuda* que permite aceptar el alejamiento —no la negación— del placer (entendido en su forma más intensa, que compromete el alma y el cuerpo) en el curso de la vida matrimonial. El otro sigue siendo “aquel que un día elegí, que he amado y escogido”, también cuando se vuelve —con culpa o sin ella— desagradable.

Es extraordinario que, en pocas y sencillas palabras, el Beato Josemaría haya expresado la correcta perspectiva que permite captar el fundamento sobre el que se apoya la relación entre marido y mujer, que explica su coherencia y hace posible —pero no por eso fácil— su realización. La capacidad de vivir verdaderamente y para siempre el amor no dependerá de una situación de hecho, sino de la conciencia de que la relación entre marido y mujer tiene sus espinas, y de la voluntad decidida de aceptarlas. En esta perspectiva, la operación de “tirar a la basura” resulta incluso ridícula, además de presagiar consecuencias trágicas.

La identidad misma del amor que se ha elegido —por ti y contigo cualquier cosa— testimonia que es absurdo —a costa de daño de la propia identidad— lamentarse a la hora de la prueba, sea ésta el agotamiento cotidiano o la tragedia no prevista. Es como si estas palabras del Beato Josemaría hicieran que resultara natural decir cuando aparece una dificultad «ahora es cuando te quiero

⁴ “El hombre es la única criatura que Dios ha querido por sí misma”, CONCILIO VATICANO II, Past. Const. *Gaudium et spes*, 24.

de verdad, ahora que eres feo, antipático, ahora que me haces daño, que me dejas sola [...]». Es como si ayudaran de alguna manera a descifrar la identidad misma del amor.

Experiencia humana total y vital, el amor conyugal compromete a toda la persona con todo lo que tiene. El amor es sentimiento, pero también es razón; es instinto, pero también es fortaleza; es una alegría tan grande que da sentido también al dolor.

The Anthropological Foundations of Some Words of Advice: Blessed Josemaría and Conjugal Love

Marta Brancatisano Manzi

An Italian writer and member of the Academic Committee of the Congress. She is currently Director of the program on the Christian Culture of Family and Education at the Pontifical University of the Holy Cross.

Each saint has his or her own way of being a saint. The characteristic which defines the personality of Blessed Josemaría is his unique relation with his divine calling and his awareness of being an instrument chosen by God to accomplish His design among human beings. This was so much the case that all of his talents and personal qualities were directed towards — and grew in proportion to — his response to his vocation. Brought up in a family where love was palpable, Josemaría was still a young man — an ordinary teenager with nothing extraordinary about him — when he understood that God had a plan for each of His creatures and that his path consisted in finding out what God had in mind for him. From that moment on, every decision he made, whether great or small, became part of that quest. This was how he decided to become a priest. He followed a course in the seminary that was more directed towards pastoral work than to academics, and he expended all of his energy on helping the needy, despite his own economic straits. At last October 2, 1928 arrived, the day when he finally saw what God wanted from him. It was not so much that his spiritual state changed then, as that the *objective* suddenly became clear to him, in spite of its complete newness and originality.

All of his talents were employed in his response to his vocation to do Opus Dei. Thus, for example, his passion for architecture found expression when centers of Opus Dei needed to be built. Likewise, his sensitivity and legal education proved very useful to him when it came to carrying out his foundational mission, in order to discern in the light which he had received from God, those elements

of the call to sanctity which carry with them the right and duty to do apostolate and to have frequent recourse to the means of salvation. They also served in his exercise of *prudencia iuris* in the service of the charism which he had received from God¹. This was the same prudence that was molded and exercised in the government of Opus Dei and in the transposition of its ecclesial path into norms in the drafting of its particular law.

Josemaría Escrivá recorded his thoughts and reflections from very early on, and these later came to form the basis for powerful volumes of reading material (he is undoubtedly one of the most widely read spiritual writers of the 20th century, with readers from the most diverse circumstances and backgrounds). In all of this, his only concern was the faithful expression of his interior experiences, with the objective of introducing this new path to those who would come after him.

He also shared his theological knowledge (so suited to the needs of our times and which tied in so well with the Magisterium of the Council of the era, the Second Vatican Council), mostly through friendly conversations and informal gatherings, rather than through erudite books. As a ‘juggler’ of God, he did not hesitate to set about any task — no matter how mad it seemed — so long as it would help communicate the message with which his whole life was identified.

His mission in the Church was fulfilled with the announcement of the Will of God: holiness for all *nel bel mezzo della strada*, as he liked to say using a familiar Italian expression², and the consequent foundation of a supernatural enterprise whose aim was to spread this message. He used all of his communication skills towards this end. What mattered most to him was to make this message comprehensible and functional for its recipients. All of his teachings — understood as an elaboration of the vocational message and its immediate implications — are marked with a sense of urgency to share them with others. In its focus and strategy, his ministry can be likened to that of the apostle Paul. Blessed Josemaría did not spare any of the means that he had at hand: letters, visits, trips, even films, thanks to which we have live footage of him. Those of us who have come after him face the challenge of delving into his message, and discovering the scriptural roots, ecclesial transcendence and intellectual insights latent therein. Our present topic requires from us to focus on his vision of man and woman, that is, his anthropology.

The Congress entitled *The Grandeur of Ordinary Life* held in Rome on the occasion of the centennial of his birth, has served as both proof and confirmation

¹ A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS - J.L. ILLANES, *The Canonical Path of Opus Dei. The History and Defense of a Charism*, Princeton 1994.

² This phrase aptly conveys the idea of seeking holiness in the midst of all ordinary human places, affairs and events, including ‘in the street’.

of this. In effect, we have been able to gather and pass on a considerable amount of experience shared by people of diverse social and cultural conditions that can certainly not be reduced to a closed doctrinal system. The holiness of people who live in the middle of the world, loving and working, does not have a set form, and much less does it follow any fixed formula. It rests principally on the personal responsibility of the individual who is trying to achieve holiness in his or her own life, whether he or she is a government minister, a professor, an artist, a laborer or whatever else. It depends, on the one hand, on having serious doctrinal formation that can nourish the intellect and, on the other hand, on maintaining a constant relationship with Christ through prayer and the sacraments, thus satisfying the noble longings of the human heart.

As is the case with other topics, what Josemaría Escrivá has left us about marriage are a collection of considerations and words of advice. Some of these were in writing, but the vast majority were passed on to us orally, in conversations and meetings with couples and parents. They are simple phrases and ideas with remarkable depth and novelty, that motivate and stimulate reflection while leaving the impression that their contents are inexhaustible. The following are some ideas that recur in his teachings, synthesized with words which we believe faithfully reflect his thought.

1. YOUR PATH TO HEAVEN HAS A NAME: THAT OF YOUR HUSBAND

These apparently romantic words bring us to the consideration of marriage as a path to sanctity. They illustrate how Blessed Josemaría saw matrimony as much more than something expedient for those Christians who do not feel capable of anything better in life. They also reflect how he rejected the idea that conjugal duties are marginal to the obligations which we owe to God. These words also highlight the total and systematic inter-relation of one's relationship with God with one's relationship with one's spouse: for a married person, there can be no spiritual life lived to the full 'outside' of marriage. He affirms that, in a way, God is not distinct from one's spouse. In other words, God is not someone who waits for us *beyond* our homes and our marriage beds. This is a powerful affirmation which is nonetheless perfectly consistent with the new theology of marriage elaborated by John Paul II, as fruit of his personal, in-depth study of the doctrine of Vatican Council II. Among the numerous texts that can be cited, we turn to a passage from the Apostolic Exhortation *Familiaris Consortio*: "God created man in his own image and likeness: calling him to existence *through love*, he called him at the same time *for love*. God is love and in himself he lives a mystery of personal loving communion. Creating the human race in his own image and continually

keeping it in being, God inscribed in the humanity of man and woman the vocation, and thus the capacity and responsibility, of love and communion. Love is therefore the fundamental and innate vocation of every human being”³.

From this point of view, we obtain new light about marriage, human love and the transmission of life. These insights do not create new obligations, but rather offer a new spirit in which married life — seen not only as a good or useful thing for human society — is taken as a fundamental aspect of God’s design for humanity and for all of creation (the book of Genesis clearly tells us that God created man and woman so that they could come to live, from their creaturely condition, that love which is an image and likeness of the Trinity)⁴. This insight also awakens the personal responsibility of both spouses as it enables them to perceive their *strategic position* in the world and in the Church, and it points to specific ways to carry out their role in the personal and varying circumstances of each person. Spouses can then begin to see themselves not just as part of a nameless crowd, but rather as actors who have leading roles in the plan of Providence: they are the building blocks of love and life, that show forth the face of the Creator.

Viewed from this perspective, married life, with all of its ordinariness, and its daily joys and dramas, avoids the danger of becoming merely a sort of lifeless routine or of collapsing in the face of adversity. It is seen rather as a creative journey towards one’s own fulfillment. This is the path along which each person is called to be him or herself while giving life to others, since love is fullness of being and communicates life, both in the ontological and in the biological sense.

Partnership is the creational status of the human being, as each human being has been endowed by God with a specific gender through which he or she is destined to love, thus reflecting the person’s likeness to God. Matrimony is not just another fact of life. It is, rather, the ordinary way for each person to realize his or her humanity. This vision of marriage — as the primary and fundamental relationship, and the path to reach union with God — also sheds light upon virginity, which Christ revealed to be a privileged condition. Far from being some sort of temptation (a misconception that has lingered on throughout the Church’s history), the concept of marriage which Escrivá reveals to the men and women of our times is a union that is so holy and beautiful that only a greater Good can justify its renunciation. This higher Good is direct union with God, without the mediation of human love. Marriage and virginity thus illuminate one another: human love is not opposed to the ‘sacred’ love of God, but is rather a way to access it, the path that ordinarily leads to Him.

³ JOHN PAUL II, Apost. Ex. *Familiaris Consortio*, 11.

⁴ *Gen* 1:26-27.

2. YOU WOMEN ARE PSYCHOLOGISTS; YOU ARE THE ONES TO BLAME WHEN THINGS GO WRONG

Behind these apparently harsh and intentionally paradoxical words is an affirmation of the woman's special role in a couple's relationship, a role — or even a *privilege* — by which she has the upper hand in its development. This is a truth that is explicitly considered in its anthropological dimension by John Paul II in his Apostolic Letter *Mulieris Dignitatem*.

By attributing to the woman a special psychological capacity, Blessed Josemaría is acknowledging the special feminine gift of *comprehension* — in its original Latin sense, that is, of 'containing' or of having as one's own — of the human being, in a manner which is connatural to her gender. We are dealing here with a type of knowledge that is not the result of intellectual study — as Blessed Josemaría was referring to all women, regardless of culture or level of education — but rather of an ontological property given to her by the Creator and linked to her sexuality: the woman is she who 'contains' the other (man or child) in her and who feels and knows the other with all of her being. It is she who has a special intimacy with the other because she is made to be able to carry the other within her. It is also the woman who 'works' for life in a direct and natural way.

The woman's *wisdom about the other* derives precisely from her specific ontological structure which, at the same time, makes her the master of the often difficult and mysterious relationships of the family, be they spousal or maternal. Whereas man — the rational knower of the exterior world, the natural conqueror and warrior — is more easily lost amidst the particularities of each human being, the woman makes her way with grace and skill, as if endowed with an interior, genetic capacity for this. This feminine gift can unfortunately become clouded by the voluntary renunciation of her unique sexuality, a tendency manifest in some forms of feminism. The woman holds in her hands the guide to her relationship with man, a paired and complementary relationship from which all other relationships are born. Her privileged position has nothing to do with merit but rather stems from the sexual difference that gives her a certain dominion over the other, a quality which the man does not have by his anthropological structure. It is she who knows and receives the other, thereby giving her the capacity to 'lead' the relationship and mend it when necessary.

This approach is not related to the so-called 'problem' of superiority between the sexes. On the contrary, it manifests that it is the *complementary property* that is to guide the relationships of couples. As is equally the case with man, woman alone will not suffice: women need men in order to be authentically women. Nevertheless, her position gives her the power — and the responsibility — to guide and maintain the relationship. Common experience shows us her

marked tendency to be an agent of understanding, forgiveness and peace. If the woman does not reject this structural responsibility, she will enable man to develop his masculine capacities and contribute to the flourishing of the complementarity that is at the base of their relationship, and ultimately, of the survival of the entire human race. Popular wisdom — only partly in jest — has always affirmed that the world is ruled by women. However, the character of feminine power — which can be likened to service in the spirit of *'noblesse oblige'* — is quite unlike the clamorous and arrogant power which modern culture tends to exalt. Today's woman, who is often only concerned about conquering the outside world, tends to appropriate masculine characteristics (not only in their structural but also in their historical aspect, resulting in a feminism that emulates the stereotypically masculine model of power as brute force) while undermining that typically feminine power which is capable of giving life without seeking fame or glory.

This is a question of the woman's anthropological structure. As such, it is a natural endowment that needs to be developed and perfected in each woman. Unfortunately, many women today have suppressed — in a more psychological than external manner — their spontaneous feminine inclinations in order to challenge men according to masculine standards: with closed-minded aggression and the desire to prevail in fields that are traditionally the sphere of manly activities. Her 'no' to maternity in the relational dynamics of the couple is effectively a 'no' to man. This form of empowerment of women — which has been imposed upon us rather than having developed naturally — has shaken the very foundations of the couple's relationship, with evident and disastrous results.

In these circumstances, Escrivá's words provide a real challenge to women. As the 'psychologists' that Escrivá takes them for, they feel desirous of seeking — and it is time that they do so — the real meaning of femininity, bearing in mind that any progress in this field of research is of universal value.

3. DO YOU LOVE YOUR HUSBAND... WITH HIS DEFECTS?

We might say that this is an affectionate and ironic provocation. More than anything, it is a declaration of the deep anthropological foundation that sheds light on the importance of the relationship between man and woman in the history of salvation. With these words, Blessed Josemaría draws attention to the totality of the personal commitment involved in a loving relationship while highlighting the profound existential dimension that unites human beings to one another: *reciprocal assistance*. In times like ours when emotions are often seen as the only element in love, connecting pleasure with something bothersome sounds almost heretical. How can love, which is nothing other than a source of pleasure, go hand in hand

with something as bitter and unpleasant as suffering and difficulties? Love, they say, is love only as long as it is ‘beautiful’; the moment it becomes uncomfortable and problematic, it becomes something else. This is a typical expression of the consumerist mentality that we find in more or less all of the aspects of our culture, affecting even loving relationships through this simple syllogism: if a thing is worth keeping only insofar as it is useful or pleasurable, then a love that becomes ‘difficult’ can likewise be thrown away and exchanged for another.

The human being, however — at least from the viewpoint of creation and Redemption — is the only thing that cannot be disposed of without giving rise to what could be called an ‘ecological disaster’ for the entire universe. A human person, no matter who he or she may be, has the right to be loved, because each person is loved by the Creator as an only child, and each person has been entrusted by God to those of his kind so that they too may love him⁵. Likewise, the person chosen for life — the spouse — has the right to be loved, whoever he or she may be, or better still, *whatever changes he or she may undergo*. All of creation depends on this structural relationship. Man and woman — through their love — communicate life while helping each other to live. A married couple that lives well, that is, that lives loving each other, is a generator of ‘nuclear energy’ that radiates beyond the confines of the family home; it is a powerhouse for society, that produces rather than consumes energy (professional creativity, capacity to care, well-being from absence of psychosomatic illnesses due to affective traumas, capacity for openness to others and for joy and leisure). Everything begins from the awareness of this dimension of mutual *assistance* that allows for a certain *detachment from* — and not necessarily *negation of* — pleasure (here understood in its most extreme form as something that can threaten both body and soul) in the course of married life. The other person continues being “the one whom I chose, loved and married” even though — blameless or not — he or she at times becomes disagreeable to me.

It is amazing how Blessed Josemaría was able to capture in a few, simple words the perspective that aptly expresses the foundation on which the relationship between husband and wife rests, a perspective that explains its coherence and makes its fulfillment possible, although it may not always be easy. The capacity to love in an authentic and enduring manner does not depend on some chance event but rather on the *knowledge* that the relationship between man and woman will necessarily have its thorns, and on the *firm will* to accept them. In this light, the act of ‘throwing away’ a relationship appears to be ridiculous, in addition to being the precursor of tragic consequences.

⁵ As was affirmed by VATICAN COUNCIL II, Past. Const. *Gaudium et Spes*, 24, “man is the only creature on earth that God has wanted for its own sake”.

The very identity of a love which has been freely chosen attests to the absurdity of complaining at the hour of difficulty, whether due to plain exhaustion from daily work or to some unforeseen tragedy. Blessed Josemaría's phrase makes it seem as if it were natural in the face of difficulties to say "it is now that I truly love you, now that you are ugly, unkind, now that you have hurt me, now when you leave me alone". It is as if his simple words help us to unravel the very identity of love.

As a complete and vital human experience, conjugal love involves the entire person with all that he or she is and has. To be sure, love is emotion, but it is also reason; it is instinct, but it is also fortitude; it is a joy so great that it gives meaning to suffering.